

LA DULCE MORDEDURA EL TIEMPO Y UNAS POCAS PALABRAS: LA POESÍA DE DIONISIA GARCÍA

La mayoría de los poetas se detienen (nos detenemos) en lo circunstancial, en lo accesorio, quizá porque sabemos que ir directamente a lo esencial es muy difícil, sobre todo es difícil no repetir lo que ya dijeron otros. Por eso, porque no vamos al centro, nos dejamos ilusionar por los temas. Los temas en poesía no son sino una invención, algo que en realidad, en la realidad poética no es, no existe, pero que hemos tenido que inventar para zafarnos del gran misterio, de ese gran y único tema que es el tiempo. La poesía de Dionisia García es una poesía limpia, sobria, que tiene al tiempo como único tema. El tiempo, que es y ha sido, más que un tema, la verdadera materia de la que se nutre y está hecha la poesía.

De diferente modo en cada uno de sus libros, Dionisia García ha indagado, espigado, desmenuzado, transitado en, por, y sobre el tiempo. A través de los seres y a través de las cosas, amando a las cosas y a los seres, y amando también el propio tiempo, su paso que marca y envejece. Amando el mundo y la existencia. Acompasando el propio devenir al devenir del mundo.

El tiempo en todas las direcciones y en todas sus coordenadas. El tiempo hacia atrás de la rememoración, por el placer de traer a la memoria y para restaurar y crear la armonía, la ligazón y la sucesión de sí y de las cosas. Tiempo hacia atrás como reencuentro consigo misma y con las otras y los otros. Tiempo hacia atrás como un acto de amor y como afirmación. Y tiempo presente. Tiempo no de acelerar el *carpe diem*, no de apurar deprisa las rosas de la vida, sino de aplicarse tranquilamente a ella. Un placer no de vaciarlo, sino de irlo demorando en los ángulos y en los resquicios de la cotidianidad:

Impulsa el despertar a la alegría,
la pasión de un día necesario,
en otro mundo que ahora me recibe,
al que amo y temo, y me desasosiega,
en el que bebo sorbo a sorbo,
por si no hubiera más.¹

El tiempo presente, también a lo largo y a lo ancho del mundo, en cada plano de toda geografía y en cada calle de cualquier ciudad. Ser cronista apasionada del diario y el múltiple vivir, y viajar y saludar al tiempo como una religiosa pasión, su dulce mordedura.

¹ «Pasión de un día necesario», fragmento, *Diario abierto*, en *Tiempos del cantar*, p. 279.

«La firme intención de escribir desde el fondo mismo de la conciencia salva la poesía de D. G. de modas y de gustos formales», dice Ana Cárceles en la introducción a *Tiempos del cantar*. Sus poemas funcionan como cuadros, bodegones, pinturas. El efecto es singular. Se trata de nombrar, describir y contar en cuatro trazos, sin apenas verbos, y dar luego una vuelta por detrás o por arriba; para conseguir, con tan escasos medios, una pintura de expresión reveladora y escueta. En esos cuadros, siempre morales, cabe todo, cabe el mundo. El mar, el mar ignorado de la infancia que va a hacerse presente para siempre; los viajes, por Oriente y Occidente, por Nueva York o en las calles del mundo, como en los poemas «Sobre el Mont Blanc», «Paso por Jericó», «Islas (Mar Egeo)», «Cafarnaún», «Muro de las lamentaciones»² y muchos más. Viajes y miradas en las que también la poeta es cronista del mundo de nuestros días, como en «El hombre y el toro», «Trenes y estío», «Atletas»³. Cabe su solidaridad con el conflicto o la precariedad humanas, como en «Nocturno en la ciudad», «Junto a la cárcel», «En el parque»⁴. Y cabe la elegía, como en «Ante la tumba de Miguel Hernández»⁵.

En el volumen *Tiempos del cantar*, donde se recoge su producción poética hasta 1993, se siguió un orden cronológico, y ahí es posible advertir que la unidad y la cohesión del conjunto avanza sobre sí mismo y los poemas en un todo armónico, profundizando y expandiéndose como en círculos concéntricos: nada se repite y todo es reincidencia; todo es nuevo y lo mismo. Los primeros libros confirman el preludio de la sinfonía que luego se adensa en *Mnemosine*, continúa en *Interludio* y expresa su punto culminante en *Diario abierto* y *Las palabras lo saben*, junto con *Voz perpetua*. En *Mnemosine* el ritmo se hace más pausado y los versos se alargan. El amor y el tiempo, la casa, los sueños. La cantarera, los higos, «la mula ciega de la noria, / y el barreño de cinc»⁶. Según Manuel Mantero, «se interpolan luz y oscuridad, de manera estricta en su alternancia al principio del libro». El deseo, el cuerpo. Se dice del paso del tiempo a través de las cosas y de los objetos, más que con metáforas: la metáfora es el propio poema, como reveladora es la presencia de la carcoma en el aparador, en el poema titulado «Interiores»⁷. *Voz perpetua* lo constituyen cuatro poemas escritos después de la muerte del padre. En *Interludio* y en *Diario abierto* la mirada va de la ciudad al campo y del momento presente al pasado, con dos pensamientos, el de la

² De *Antifonas*, en *Tiempos del cantar*, p. 74, 100, 116, 93 y 118.

³ De *Antifonas*, en *Tiempos del cantar*, pp. 111, 131 y 110.

⁴ De *El vaho en los espejos*, *Mnemosine* y *Antifonas*, en *Tiempos del cantar*, pp. 50, 167 y 67.

⁵ De *El vaho en los espejos*, en *Tiempos del cantar*, p. 69.

⁶ Del poema «Lavanderas», en *Tiempos del cantar*, p. 306.

⁷ En *Diario abierto*, en *Tiempos del cantar*, p. 269.

potestad de la escritura que es vivencia también de libertad, y el del gozo y la alegría serena del vivir.

Sean para nosotros interludio
los poemas que un día avivarán el fuego.⁸

Y la presencia plena del amor, amor no exclusivo, sino en crecimiento hacia las cosas: «Amar en la madurez es rescatar de la muerte»⁹. «¿Cómo es posible que amando se esté solo?», se pregunta en el poema «Instantes ganados»¹⁰, el primero de *Diario abierto*.

No el instante, sino la vida entera. A propósito de *Las palabras lo saben* escribió Manuel Alvar: «En unas pocas palabras cabe todo el universo que los hombres crean». Se sabe la presencia de la muerte, pero su visión no crea conflicto, se integra al devenir como otra forma más de la propia vida:

llegando mansamente al postrer día,
sin conceder palabras quejumbrosas.¹¹

Las noches nos agravian
a quienes no nos queda mucho tiempo
para gastarlo en sueño.¹²

El placer de vivir, de inaugurar la libertad dentro de la casa, con el ejercicio del lenguaje. Saberse reina del propio tiempo, y celebrarlo. Por eso ha escrito Biruté Ciplijauskaitė: «La soledad no da origen a angustia: se convierte en el *cuarto propio* reclamado por Virginia Wolf. El paso del tiempo no hace pensar en lo que se va, sino en lo que se queda»:

y saber que al regreso,
en el número cinco
de la calle que ensancha,
la vida ha comenzado.¹³

Estos versos me hacen recordar un hecho que relata la sobrina de Emily Dickinson; cuando fue a visitar a la escritora en el segundo piso de Main Street 280, en Amherst, Emily hizo como si cerrara una puerta con una llave imaginaria, y después de girarla dijo: «Matty, aquí está la libertad».

⁸ Del poema «Interludio», en *Tiempos del cantar*, p. 246.

⁹ Del poema «Canto demorado», *Interludio*, en *Tiempos del cantar*, p. 245.

¹⁰ *Diario abierto*, en *Tiempos del cantar*, p. 267.

¹¹ Del poema «Última voluntad», *Diario abierto*, p. 310.

¹² Del poema XXVIII, *Las palabras lo saben*, en *Tiempos del cantar*, p. 345.

¹³ Del poema XVII, *Las palabras lo saben*, en *Tiempos del cantar*, p. 333.

Rememorar, ese ejercicio que puede materializarse en la emoción de acariciar las cosas, de contemplar espacios, de abrir armarios y ver ropas antiguas, como en el poema «Devociones»¹⁴. Otra forma de sentir. Despojar la palabra. Adelgazar el lenguaje. Unas cuantas palabras necesarias. Dionisia García posee una voz poderosa, de raigambre clásica y mediterránea, paralela a la de Francisco Brines o María Victoria Atencia. De uno y otro la distingue la especial presencia de los objetos, que protagonizan el poema frente al pensamiento del yo. A diferencia de María Victoria Atencia, cuyo sujeto poético está dentro del discurso, el de Dionisia García es frecuentemente un sujeto oculto, que asiste al poema pero desde fuera y sin nombrarse, como corresponde a una cronista del tiempo.

Anche se al buio es por ahora el último poemario de Dionisia García, y en él se adelgaza y a un tiempo se adensa en el decir. Casi no existen ya las cosas. Apenas una anécdota. Una hierba, un poco de sol, el ruido de la calle, un despertar, sólo unas cosas breves, muy pocas, para engarzar la búsqueda. El tiempo ahora es Dios mismo. Es una poesía depurada, traída por su esencia, una poesía entre Dios y el mundo, entre Dios y el tiempo, entre la poeta y Dios. Entre la mística y la ascética. Son veinte poemas magistrales, únicos: radiantes. Desolados también, pero avivado el paso. Sabe su voz azucarar el silencio, «desvelar lo oculto», ir hacia la otra orilla; pero siempre con una serena alegría, entre las cosas, apurando el verso, «como el enamorado»:

Porque al final vences Tú, y aun a oscuras,
acompaña tu ausencia.¹⁵

Versos justos, substanciales. Se ha aplicado a decir lo esencial con unas cuantas palabras válidas, no intercambiables:

Y por eso me avengo a la mudez,
al jugo de tu nombre: te deletreo, Dios,
te deletreo.¹⁶

Tristes pero sin llanto. Alegres pero sin desbordamiento. Se asiste en él a la sabiduría del acontecer poético, que es también sabiduría de la experiencia, ese trayecto tan estrecho como caminar en un hilo, en el margen de un hilo, y no poderse desviar porque ahí solo caben las palabras precisas. Todo lo importante que debe expresar la poesía, lo que Soren Peñalver ha llamado «juventud de las

¹⁴ En *Diario abierto*, p. 288.

¹⁵ En *Anche se al buio*, p. 21.

¹⁶ De “Aceptación del silencio”, en *Anche se al buio*, p. 49.

palabras» y que Jorge Guillén entendía como «palabras prodigiosas». El tiempo, la vida, quizá ese trayecto. El tiempo, ese misterio, su dulce mordedura.

Juana Castro
Córdoba, mayo de 2002

(Publicado en *Llaves prestadas*, Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2003)